# **Autobiografía de Pablo.**

Hola, soy Pablo. Algunos me conocieron antes como Saulo de Tarso. Permíteme contarte quién soy, de dónde vengo, y lo que el Señor ha hecho en mi vida.

Nací en Tarso de Cilicia, una ciudad no insignificante, ubicada en una región próspera del Imperio Romano. Desde pequeño fui criado conforme a las más estrictas normas de nuestra ley. Judío de nacimiento, pertenecía a la tribu de Benjamín. Fui circuncidado al octavo día, conforme a la costumbre, y desde niño fui instruido en el camino de nuestros padres. Era hebreo de hebreos, como luego llegué a decir, y respecto a la ley, fariseo.

Mi hogar era profundamente devoto. Mis padres, fieles a las tradiciones, se aseguraron de que mi educación fuera la mejor. Desde joven fui enviado a Jerusalén para estudiar bajo la tutela de Gamaliel, un respetado maestro de la Ley. Bajo su guía, me formé en un conocimiento riguroso de las Escrituras y las tradiciones de nuestros ancianos. Yo era más aventajado que muchos de mis contemporáneos, mostrando un celo apasionado por las tradiciones de mis antepasados.

No era solo conocimiento lo que me caracterizaba, sino también fervor. Estaba completamente convencido de que en la defensa de nuestra fe, era necesario actuar con firmeza contra todo lo que consideráramos herejía. Así, cuando surgió aquel grupo que proclamaba a Jesús de Nazaret como el Mesías, sentí que era mi deber luchar contra ellos. Creía que hacían daño al pueblo de Dios y corrompían la pureza de nuestra fe.

Perseguí a este nuevo "Camino" con violencia. Entraba a las casas, arrastraba a hombres y mujeres, y los entregaba a la prisión. Aprobé sus castigos y aún sus muertes. Estuve presente en la lapidación de Esteban, un testigo lleno de gracia y poder. Yo cuidaba los mantos de quienes le apedreaban, aprobando plenamente su ejecución.

Mi celo no conocía fronteras. Con cartas de autorización de los principales sacerdotes, emprendí viaje hacia Damasco, con la intención de arrestar a los seguidores de Jesús que encontrara allí y traerlos encadenados a Jerusalén para ser castigados. En mi corazón no había lugar para la misericordia. Creía servir a Dios, aunque, en realidad, combatía contra Su Ungido.

Pero en el camino, algo sucedió, algo que cambiaría no solo mi vida, sino el curso de la historia.

Cerca de Damasco, como al mediodía, una luz del cielo, más brillante que el sol, resplandeció a mi alrededor. Caí al suelo, cegado y atónito, y escuché una voz que me decía en lengua hebrea:  
 "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón."

Yo pregunté, temblando y confundido:  
 "¿Quién eres, Señor?"

Él respondió:  
 "Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti."

Quedé ciego, guiado de la mano por mis compañeros hasta Damasco. Allí, en obediencia a la orden de Jesús, fui a la casa de un hombre llamado Judas, en la calle llamada Derecha. Durante tres días estuve sin ver, y tampoco comí ni bebí, sumido en un ayuno de quebrantamiento, esperando instrucciones del cielo.

Mientras tanto, el Señor habló a un discípulo llamado Ananías, mandándole que viniera a mí. Ananías, temeroso, sabía quién era yo y todo el daño que había causado a los santos en Jerusalén. Pero el Señor le dijo:  
 "Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre."

Ananías vino, puso sus manos sobre mí y dijo:  
 "Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo."

Al instante, cayeron de mis ojos como escamas, y recuperé la vista. Me levanté y fui bautizado. Desde ese momento, supe que ya no viviría más para perseguir a Jesús, sino para proclamar su nombre.

Permanecí algunos días con los discípulos en Damasco. Inmediatamente comencé a predicar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios. Los que me oían estaban asombrados y decían:  
 "¿No es éste el que en Jerusalén asolaba a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los principales sacerdotes?"

Mi vida había dado un giro completo. Aquel que antes blasfemaba, perseguía y ultrajaba, ahora predicaba la fe que antes destruía. Y lo hacía con tal pasión, que pronto los judíos conspiraron para matarme. Pero mis hermanos en la fe, advertidos de ello, me ayudaron a escapar, bajándome de noche en una canasta por una abertura en el muro.

Regresé a Jerusalén, anhelando unirme a los discípulos. Pero ellos tenían miedo de mí, y no creían que yo fuera realmente un discípulo. Fue Bernabé quien, lleno de fe y valentía, me tomó y me presentó a los apóstoles, contándoles cómo había visto al Señor en el camino y cómo en Damasco había predicado valientemente en el nombre de Jesús.

Así comenzó mi nueva vida, no como perseguidor, sino como apóstol de Jesucristo. Una vida que sería marcada no por la gloria humana, sino por la obediencia, el sufrimiento, y la gracia sobreabundante de Dios en mí.

Después de mi conversión en Damasco, no subí inmediatamente a Jerusalén a consultar a los que ya eran apóstoles antes que yo, sino que me aparté a Arabia, y después volví de nuevo a Damasco. Fueron años de profundo quebrantamiento y comunión con el Señor, en los cuales Él mismo me instruyó en los misterios de su gracia. Comprendí que la revelación que había recibido no era de hombre alguno, sino de Jesucristo mismo.

Pasados tres años, subí a Jerusalén para conocer a Pedro, y permanecí con él quince días. No vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo, el hermano del Señor. Luego, fui a las regiones de Siria y Cilicia. Aunque las iglesias de Judea no me conocían personalmente, oían decir: "Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo asolaba", y glorificaban a Dios en mí.

El Señor, por su gracia, me había llamado no solo para testificar a Israel, sino también para llevar Su nombre ante los gentiles, aquellos que estaban lejos del pacto. Este misterio me fue confiado: que en Cristo, los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y copartícipes de la promesa.

Pasaron catorce años y regresé a Jerusalén, llevado por revelación, y presenté el evangelio que predico entre los gentiles. Allí, Pedro, Jacobo y Juan, considerados columnas, reconocieron la gracia que me había sido dada, y nos dieron a Bernabé y a mí la diestra en señal de compañerismo, para que nosotros fuéramos a los gentiles, y ellos a la circuncisión.

Así comenzó una de las etapas más intensas de mi vida. Fui enviado, junto con Bernabé, en nuestro primer viaje misionero. Atravesamos Chipre, donde en Pafos enfrentamos a Elimas el mago, quien procuraba apartar de la fe al procónsul Sergio Paulo. Lleno del Espíritu Santo, lo reprendí, y quedó ciego por un tiempo. El procónsul, viendo lo ocurrido, creyó, maravillado de la doctrina del Señor.

Seguimos a Pisidia, Iconio, Listra y Derbe. En Listra, sané a un hombre cojo de nacimiento. La multitud, asombrada, quiso ofrecernos sacrificios, pensando que éramos dioses: Bernabé como Júpiter y yo como Mercurio. Con dificultad los detuvimos, rasgándonos las vestiduras y proclamando que éramos hombres sujetos a las mismas pasiones que ellos. Pero pronto, incitados por judíos llegados de Antioquía e Iconio, me apedrearon y me arrastraron fuera de la ciudad, creyendo que estaba muerto. Sin embargo, el Señor me levantó, y al día siguiente seguí predicando.

Regresamos a las iglesias que habíamos fundado, fortaleciendo las almas de los discípulos y exhortándolos a perseverar en la fe, enseñándoles que es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios.

En Antioquía de Siria, la iglesia florecía, pero no tardó en surgir una controversia: algunos enseñaban que era necesario circuncidarse y guardar la ley de Moisés para ser salvos. Fue necesario subir a Jerusalén, y allí, junto con los apóstoles y ancianos, celebramos el primer gran concilio. El Espíritu Santo guió la decisión: no se impondría a los gentiles otro yugo, sino que se abstuvieran de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de lo estrangulado y de fornicación.

Mi segundo viaje misionero comenzó junto con Silas. Atravesamos Siria y Cilicia, fortaleciendo a las iglesias. En Listra, se nos unió Timoteo, un joven de buen testimonio entre los hermanos. Y así, en obediencia al Espíritu Santo, pasamos por Frigia y la región de Galacia, sin ser permitidos de predicar en Asia en ese momento. Llegados a Troas, recibí una visión: un varón macedonio rogándome, diciendo: "Pasa a Macedonia y ayúdanos." Comprendimos que el Señor nos llamaba para anunciar el evangelio allí.

En Filipos, conocimos a Lidia, quien abrió su corazón al Señor. Pero también enfrentamos oposición: tras liberar a una joven poseída por espíritu de adivinación, fuimos azotados y encarcelados. En la prisión, a medianoche, cantábamos himnos a Dios. De repente, un gran terremoto sacudió los cimientos de la cárcel, las puertas se abrieron y las cadenas se soltaron. El carcelero, temiendo que los presos hubieran huido, estaba por quitarse la vida, pero le gritamos:  
 "No te hagas ningún daño, pues todos estamos aquí."

Él, temblando, nos preguntó:  
 "Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?"

Le respondimos:  
 "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa."

Así, el carcelero y toda su familia creyeron y fueron bautizados.

Continuamos en Tesalónica, donde muchos griegos piadosos y mujeres principales creyeron. Pero los judíos, llenos de celos, levantaron una turba contra nosotros. En Berea, los judíos fueron más nobles, escudriñando cada día las Escrituras para ver si lo que enseñábamos era así. Muchos creyeron allí.

Desde Berea, me enviaron a Atenas. Al ver la ciudad entregada a la idolatría, mi espíritu se enardeció. Discutía en la sinagoga y en la plaza cada día. Prediqué en el Areópago, diciendo:  
 "Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos... Al Dios no conocido, a ese que honráis sin conocer, es al que yo os anuncio."

Proclamé que Dios manda ahora a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan, porque ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por medio de aquel varón que ha designado, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos.

Algunos se burlaron, pero otros creyeron, entre ellos Dionisio el areopagita y una mujer llamada Dámaris.

En Corinto, el Señor me habló en visión de noche:  
 "No temas, sino habla y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad."

Permanecí allí un año y seis meses, enseñando la palabra de Dios. De allí, tras breve paso por Éfeso, regresé a Jerusalén, y luego a Antioquía.

Así era mi vida: cada ciudad, cada paso, marcado por la predicación del evangelio, por las lágrimas, por los sufrimientos, pero también por la inconmensurable gracia de Jesucristo.

Después de algún tiempo en Antioquía, sentí el impulso de volver a visitar a los hermanos en cada ciudad donde habíamos anunciado la palabra del Señor. Así comenzó mi tercer viaje misionero. Esta vez, el Espíritu Santo me dirigió especialmente a Éfeso, donde permanecí tres años, enseñando, corrigiendo, fortaleciendo a la iglesia y viendo la poderosa mano de Dios obrando milagros.

Muchos en Éfeso abandonaron sus prácticas ocultas. Traían sus libros de magia y los quemaban públicamente. El nombre del Señor Jesús era glorificado grandemente. Sin embargo, no faltó la oposición. Un platero llamado Demetrio, que hacía templecillos de Diana, provocó un gran alboroto porque la predicación del evangelio amenazaba su negocio. Toda la ciudad se llenó de confusión, pero Dios me guardó, y finalmente partimos hacia Macedonia.

En Troas, mientras enseñaba hasta la medianoche, un joven llamado Eutico, sentado en una ventana, cayó del tercer piso y fue levantado muerto. Bajé, me eché sobre él, lo abracé y dije:  
 "No os alarméis, pues está vivo."  
 Dios, una vez más, mostró su poder para confirmar la palabra que predicaba.

De regreso hacia Jerusalén, en Mileto, reuní a los ancianos de Éfeso. Con lágrimas les recordé cómo me había comportado entre ellos: sirviendo al Señor con toda humildad, soportando pruebas y no rehusando anunciarles todo el consejo de Dios. Les advertí que, después de mi partida, entrarían en medio de ellos lobos rapaces que no perdonarían al rebaño.  
 Les dije:  
 "Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros."

Al llegar a Jerusalén, fui arrestado en el templo tras falsas acusaciones de los judíos, quienes decían que había profanado el lugar santo. Intentaron matarme, pero el comandante romano me rescató. Desde entonces, comenzó una larga cadena de prisiones y comparecencias.

Defendí mi causa ante el pueblo judío, contándoles cómo había sido llamado en el camino a Damasco, pero al mencionar que el Señor me había enviado a los gentiles, levantaron gritos de odio. El comandante, al enterarse de que era ciudadano romano, me trató con mayor cautela.

Fui enviado a Cesarea, donde comparecí ante Félix, quien me escuchó sobre la fe en Cristo Jesús, temblando cuando le hablé de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero. Luego, ante Festo, y después ante el rey Agripa.

Delante de Agripa relaté nuevamente mi conversión: cómo iba lleno de furia hacia Damasco, cómo una luz del cielo me envolvió y una voz me dijo:  
 "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón."

Agripa reconoció:  
 "Por poco me persuades a ser cristiano."

Apelé a César, conforme a mi derecho como ciudadano romano, y fui enviado en barco a Roma. La travesía fue difícil. En el mar Adriático, sufrimos un naufragio. Durante catorce días estuvimos sin ver el sol ni las estrellas. Los marineros perdieron toda esperanza de salvarse, pero yo me mantuve firme, porque un ángel del Dios a quien sirvo me había dicho:  
 "No temas, Pablo; es necesario que comparezcas ante César."

Finalmente, llegamos a la isla de Malta, donde, mientras recogía ramas para alimentar el fuego, una víbora se me prendió en la mano. Los nativos pensaron que moriría, pero, al ver que nada me pasaba, cambiaron de opinión y me consideraron como un dios. En Malta, sané al padre de Publio, principal de la isla, y muchos enfermos fueron curados.

Después de tres meses, zarpamos hacia Roma. Al llegar, fui recibido por hermanos que vinieron a nuestro encuentro hasta el Foro de Apio y Tres Tabernas. Al verlos, di gracias a Dios y cobré aliento.

En Roma, aunque prisionero, me permitieron vivir por cuenta propia, custodiado por un soldado. Allí, desde mi prisión domiciliaria, recibía a todos los que venían a verme, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo abiertamente y sin impedimento.

Durante esos años escribí varias cartas que hoy la iglesia guarda como tesoros preciosos: a los Efesios, Filipenses, Colosenses, y a Filemón. También a Timoteo y Tito, mis hijos en la fe, a quienes confié exhortaciones y advertencias para el cuidado del rebaño de Dios.

Sabía que mi vida terrenal llegaba a su fin. Desde mi última carta a Timoteo le escribí:  
 "Porque yo ya estoy para ser derramado como una ofrenda de libación, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida."

No me arrepiento de haber entregado todo por Cristo. Todo lo consideré basura para ganar a Cristo y ser hallado en Él. Nada me separó de su amor: ni tribulación, ni angustia, ni persecución, ni hambre, ni desnudez, ni peligro, ni espada.

Hoy, sé que mi testimonio no fue en vano. Mis cadenas sirvieron para el avance del evangelio. Mis cartas siguen edificando a la iglesia. Mi vida, aún derramada hasta la muerte, glorifica a Cristo.

A Él sea la gloria, el honor y el poder, por los siglos de los siglos.  
 Amén.